

tinieblas de todas las aflicciones que nos pueden oprimir y perturbar en cualquier suceso de la vida.

21 Suspenso estaba el Conde é inmutado con el discurso de Miseno. Elena, que gustaba de verte pensativo, quiso adelantar la conversacion como quien clava del todo la lanza que ya habia empezado á entrar en el pecho para rendir al enemigo, y le dice así: Ahora bien, Conde, yo quiero tomar á mi cargo vuestra causa para abogar por ella, y mirad, Miseno, que tengo mucho que alegar. La pasion de *amor* nace de los ojos, y como ellos son la *antecámara* del corazon, por ella ha de pasar precisamente el objeto que en él hubiese de colocar su trono. La *virtud* es cierto que tiene una belleza celestial; pero por muy elevada, descabulléndose á los ojos, no hace en el corazon humano la impresion que le hará la hermosura eterna; y de este modo no es posible que la *virtud* pueda triunfar del *amor*. Muy enhorabuena, dijo Miseno, entren en nuestra consideracion los ojos: miremos con toda atencion el objeto que nos encanta; pero miremos como hombres, y no como mira un simple animal. Haciéndolo así, yo os prometo que se quite el amoroso encanto que la vista hubiese hecho, y que la *virtud* quede siempre triunfante.

22 Suponed que veis un pequeño arroyo corriendo por la tierra enfrente del sol; á veces os parecerá una serpiente de plata de cuando en cuando tachonada de brillantes: en la realidad es una fuente-cilla bien pobre; pero vista desde donde nosotros estamos, forma unos brillos tan vivos que excede á la mas preciosa pedrería<sup>1</sup>. Parece que va huyendo del sol, y que cuanto mas se aparta, él la persigue mas, disparándola como á fugitiva sus dorados rayos; dorados rayos, digo, como saetas de oro, arma terrible que de ordinario vence; mas la pobre é inocente, celosa de su pureza, tímida y trémula, va corriendo y escapando; y cuantos rayos recibe, tantos rechaza: gracia que la hace mas brillante y hermosa, porque siempre el recato dió realce á la belleza, y la modestia nuevo colorido á la hermosura. Ahora si hubiese alguno tan locamente enamorado de la belleza de este arroyuelo que se arrojase en tierra para abrazarse con él, sin advertir que toda aquella hermosura le provenia del sol, ¿con qué se hallaria este loco? Con una poca de agua oscura, porque su misma sombra y mal entendido obsequio le quitaba al arroyo todo su resplandor, preciosidad y belleza. Así, pues, sucede á quien per-

<sup>1</sup> Aquí se hace alusion á lo que la buena física enseña, donde se prueba, que el agua cuando es herida en los rayos del sol, los rechaza y los envía á los ojos. (Véase la causa en las *Recreac. cit. tom. 2, trat. 5*).

dido por cualquier beldad sensible no advierte que del Sol supremo le viene todo lo que en ella le complace, y que su sombra simplemente basta para ofuscársela; entonces si porfiase, solamente se hallaria con lodo, tierra y vileza. Decidme ahora, señora, si me engaño, ó si exagero la verdad; y confesaréis que aun entrando en nuestra consideracion los ojos, toda la belleza que los encantaba debe levantar el corazon para amar la virtud, á la cual ellos hasta entonces no miraban. La hermosura bien considerada nos debe elevar el discurso y el ánimo á quien es el único y total principio de ella que es Dios, como lo es el sol de toda la belleza de las aguas.

23 Quedó Elena convencida, el Conde pasmado; pero el Embajador todavía quiere instar, aunque admirado del discurso de Miseno, y replica de esta suerte: Si esta pasion diese lugar á esas reflexiones juiciosas, no seria ciego el *amor*; mas este maligno mágico de tal forma embelesa el alma, que nada ve sino su ídolo, nada escucha sino sus armoniosos encantos, de manera, que el corazon transformado en un verdadero sol sigue todos sus movimientos, y desde el oriente al ocaso nunca aparta de él los ojos.

24 Ya, pues, que lo sigue hasta el ocaso, dijo con viveza Miseno, ponga bien en él la mira, y se deshará el hechizo. Al sol puesto de la vida verá que desaparece toda esa hermosura terrena, al mismo tiempo que la de las *virtudes* es perpétua y permanente. Confieso que cuando nace la aurora, cuando la edad es floreciente, cuando crece el día, cuando el sol se ostenta hermoso y luciente, todo es en él belleza, todo en nosotros alegría, porque entonces toda la naturaleza está risueña. Mas en las cercanías de la muerte, esto es, al caer del sol, cuando las sombras luchan con la luz, la noche con el día, y la muerte con la vida, veréis al sol pálido, macilento y triste; entonces las rosas se marchitan, se deshojan y se inclinan hácia la tierra; y vuestro corazon desconsolado y solo no hallando objeto que lo satisfaga, pesado á todos y embarazado consigo mismo, se precipita en los abismos de la melancolía, y por lo comun se pierde. Al contrario, si por fortuna suya pone los ojos en la perpétua é inmutable hermosura de la *virtud*, su encanto no teme el ocaso, porque á cada momento es mas admirable su belleza: nunca se disminuye, nunca se marchita, nunca se seca, y el corazon nunca se fastidia, ni se halla jamás viudo; porque en la muerte espera el complemento de las bodas, y la posesion segura con realce de la belleza encantadora. Ved aquí como, aun consultando con nuestros ojos, ha de ser siempre preferida la hermosura de la *virtud*.

25 Mas: vosotros, amigos, sabéis que Dios de tal suerte contrapesó en este mundo los bienes y los males, las perfecciones y defectos, que jamás, como ya os dije, encontraréis hermosura sin lunar. Poned la mira en el objeto que mas os agrada; vedle bien, dadle vueltas por todos lados, y estad ciertos que ese iman, si por una parte os atrae el corazón, por otra lo ha de repeler por fuerza<sup>1</sup>. Si el amor, como decís, está vendado, quitadle la venda: ved bien ese ídolo que amais, y cesará el encanto. No sucede otro tanto á la *virtud*, que por todos lados es bella y perfecta. ¿Qué me decís, amigos?

26 Confieso, dijo el Conde, que discurriendo con los ojos abiertos, hallarémos en esta infeliz pasión muchos mas disgustos que contentos. La larga experiencia siempre me lo ha enseñado; mas la dificultad está en quitar la venda de los ojos cuando el amor nos gobierna. ¿Y que el amor de nosotros mismos, replica Miseno, no podrá hacerlo con facilidad? ¿Nuestro propio interés no nos obliga á examinar bien el objeto que abrazamos? Fomentad, Conde mio, vuestro amor propio: amaos bien á vos mismo, y á ninguno amaréis á ciegas. Amaréis con juicio, amaréis los objetos que no os puedan llenar el corazón de hiel, ni el alma de veneno, ni el entendimiento de cuidados, ni las entrañas de celos. Amaréis la hermosura interminable de la *virtud*, la belleza de la *razón*: amaréis el objeto que os puede recrear con un inexplicable placer, y haceros verdaderamente feliz. Oido esto, el Conde, Aymar y Elena cedieron y confesaron todos que la enfermedad de amor tiene su verdadero remedio en el amor propio bien entendido: mas suponiendo siempre, como se ha dicho, todo el socorro del cielo.

27 Seguíase dar remedio á la ambición de la gloria, otra pasión que se habia juzgado tambien fortísima contra la razón: y Elena convidó á su esposo á que defendiese esta causa, á fin de ver si esta ambición, así como la pasión amorosa, cedia y se curaba con el amor propio arreglado y bien entendido: por quanto á la verdad, decia ella, nos ha de ser de suma utilidad saber que tenemos en nuestro mayor veneno segura y eficaz triaca para curar las enfermedades peligrosas del corazón humano.

28 Ya que me introducís en la metáfora de dolencia, responde Aymar, quiero seguirla para explicar á Miseno cómo se halla mi co-

<sup>1</sup> Aquí se hace alusión á la aguja tocada á la piedra iman, la cual sigue las leyes del magnetismo; pues atrae otra aguja tocada cogiéndola por una extremidad, y por la otra extremidad la repele. Los polos semejantes se repelen, los desemejantes se atraen mutuamente.

razón enfermo, y creo que del mismo modo estará el de todos los mortales, á quienes un nacimiento feliz les dió espíritus nobles. Yo soy señor del pequeño Estado de *Cesarea*, que me trajo en dote mi esposa: no me atrevo á compararme con alguno de los monarcas de Europa, ni tampoco con los del Asia; con todo, como entré amigos debe ser sincero el lenguaje, os confieso ingenuamente que todo el mundo me parece para mí pequeño, que mi corazón se oprime en él, y que de todo este gran globo de la tierra únicamente formaria una grande peana para los piés de mi estatua. Todo lo que es grandeza me lisonjea; y no pudiendo tener en la realidad toda la que mi corazón apetece, es preciso que á lo menos en la apariencia la tenga: por eso confieso que me agrada toda adulación, á pesar de las luces de mi entendimiento. Soy tan miserable, que gusto hasta de los que mienten, si sus mentiras lisonjean mi altivez; en lo que ciertamente me acompañan muchos, aun aquellos que blasfeman de la adulación y lisonja. Á esta terrible cualidad se sigue una vanidad excesiva; porque acostumbrado á alimentarme de viento, soy sumamente ligero; la cabeza se me anda por los aires, y la menor tempestad me descompone; de suerte que mi alma está en un remolino continuo, y nada sabe de sí. El corazón hinchado quiere reventar; todo me oprime, todo me asombra, y no puedo ver en mi presencia á quien esté en mayor altura que yo; y viendo que no tengo fuerzas, ni alas para subir mas arriba, no me sufre el corazón, hasta que mirando por debajo de tierra, consigue arruinar todo lo que me hace sombra. Ahora ya se ve que esto me ha de dar mucha fatiga, mucha pena y mucha tristeza. Y vé aquí, Miseno, todo mi mal.

29 Por cierto, interrumpió Elena, que ó vos estais muy doliente, ó haceis bien vuestro papel. Veamos, Miseno, ahora cómo curais este enfermo. No sé si podré curarlo, responde, porque tambien yo padezco el mismo mal; y lo peor es, que no deseo curarme de él. Tambien apetezco la grandeza y con un deseo inexplicable: solamente me diferencio de vos en los medios con que la procuro.

30 La suerte de un simple particular que hace de la virtud su tesoro, y del dominio sobre sus pasiones su verdadero imperio, es la que yo juzgo propia para gozar la sólida grandeza. Porque primeramente conteniéndose este dentro de los límites de su fortuna, no desea mas de lo que tiene, y de este modo ya veis que posee todo quanto desea. Á mas de eso, entregado á la providencia sumamente vigilante del Ser supremo, en quien totalmente confia, cooperando con su trabajo, tiene todas las asistencias que necesita. Así indepen-

diente del capricho de la fortuna, y de la inconstancia de los hombres, dirige á un fin honesto todas sus acciones, sin ocuparse en nada mas que en cumplir todos sus deberes delante de Dios, de los hombres y de sí mismo. Ahora, como las leyes de Dios y las del Estado están comprendidas en las de la *buena razon*, mas le sirven de luz que lo encaminen seguro, que de cadenas que lo opriman con su peso. De este modo, que el mundo arda en guerra, que se resuelvan los Estados, todo esto poco le importa: su trabajo le sustenta, y le quita los cuidados; y á mas lo ocupa y lo divierte, de suerte que la noche le es agradable por el reposo, y el dia por su ocupacion inocente. Cuantos hijos tiene en su casa, tantos criados cuenta, siendo en su familia amado como padre, y respetado como soberano. Ahora no habiendo vicios, no hay fomento de discordias, y sin estas tiene en la paz todas sus delicias y su mas vivo deleite. Como ninguno le envidia, no puede tener enemigos; como á ninguno ofende, nadie puede tener queja de él. Ni la *fortuna* ni la *desgracia* le saben la puerta: contento con poco, en poco lo tiene todo, y satisfecho con lo que posee, pasa alegre los dias de la vida, y alegre recibe la muerte: y esto con menos violencia y mas heroicidad que esos famosos varones á quien la fama celebra.

31 Ved aquí la grandeza que yo apetezco, de cuyos deseos no me quisiera curar. Tened, amigo, la ambicion de este modo, y seréis mas glorioso y feliz de lo que tal vez habréis deseado hasta aquí. Confieso, continúa, que viví muchos años con otra idea muy diferente de esta; y dudo si hay mortal que haya deseado mas la *gloria* y la *fama* que yo, y el Conde sabe algunas particularidades de mi vida que lo confirman. La gloria militar era para mí una divinidad; de suerte que apenas la divisaba á lo lejos, ya corria tras ella con los brazos abiertos y los ojos fijos en su luz aparente, y corria precipitado sin reparar en barrancos, despeñaderos, ni en ningun otro peligro; mas cuando ya de cerca iba á cogerla entre mis brazos, me hallaba burlado; y conocia que esa bella divinidad no era sino una niebla sin sustancia, una ilusion, un sueño y una quimera en todos los bienes que me prometia; mas verdadera realidad en los males que me ocasionaba: pero en fin, recordé, conocí mi error, y mudé de concepto y de sistema.

32 Con todo, replicó Aymar, aunque confieso que es la pura verdad lo que decís, mi corazon rebelde al entendimiento halla en la fama una especie de atractivo que no puede resistirle. ¿Qué gloria no tendrán esos héroes que supieron dejar para despues una fa-

ma póstuma que jamás ha de perecer? Sea por el camino que fuere, la fama hace á un hombre inmortal; inmortal, que es atributo de la Divinidad. Este es un modo nobilísimo de burlarse de la muerte, y triunfar del invencible imperio de los tiempos. ¿Cuándo se olvidará en el mundo un *Alejandro*<sup>1</sup> y otros conquistadores? ¿un *Anibal*<sup>2</sup> y otros famosos capitanes? ¿un *Caton*<sup>3</sup>, un *Demóstenes*<sup>4</sup>, un *Ciceron*<sup>5</sup>, un *Homero*<sup>6</sup> y otros ingenios admirables, que por la sabiduria y elocuencia supieron inmortalizarse en el mundo? Ved aquí, pues, á lo que aspira mi corazon, y lo que le causa el mas cruel tormento, porque no lo puede alcanzar.

33 Ahora filosofemos un poco, dice Miseno: ¿y cuándo se verifica el gozar esos héroes de la indecible felicidad que la fama les procura? ¿Ahora, ó cuando vivian? Ahora, responde Aymar; y Miseno replica: ¿Y teneis correo para enviarles á donde ellos se hallan la noticia de lo que pasa en el mundo por su respeto? No esperaba Aymar esa pregunta; y continuó Miseno: Amigo, no hablemos como el vulgo que se goza por ideas vagas y confusas: examinemos bien lo que decimos. En momento de la muerte separa con una distancia infinita los que viven de los que ya fallecieron, y así no pueden esos héroes paganos, ya difuntos, tener noticia alguna de nosotros. Las alabanzas que les ofrecemos, ó los vituperios que contra ellos se profieren, no les llegan: son foles ó piedras tiradas por las manos de los niños, que no pudiendo atravesar este grande vado, caen en medio de ese lago inmenso que nos separa, y se pierden en él.

34 Aun mas: y cuando estas noticias les llegasen, ¿creéis que les serian sensibles esa honras ó vituperios? ¡Oh! y cómo os engañáis, amigo! La region que ellos habitan les ha mudado la naturaleza. Y sino, decidme, ¿qué se os da á vos que los negros de *Mo-*

<sup>1</sup> Vid. lib. III, núm. 16.

<sup>2</sup> *Anibal Africano*, gobernador y capitan general de las provincias de España que obedecian á Cartago, el que hizo perecer la célebre *Sagunto*, y derrotó tres ejércitos á los romanos.

<sup>3</sup> *Caton Romano*, inmortal enemigo implacable del César, por amigo de la virtud, llamado el *Severo* por su seriedad.

<sup>4</sup> *Demóstenes Ateniense*, gloria inmortal de los oradores griegos, rayo poderoso del Areopago.

<sup>5</sup> *Ciceron*, príncipe de la elocuencia romana, que disputó la preeminencia á la de *Atenas*.

<sup>6</sup> *Homero*, el máximo de los poetas griegos y su príncipe, escribió dos obras incomparables: una de las guerras de Troya que intituló la *Ilíada*; la otra de Ulises dicha la *Odisea*.

*nomotapa*<sup>1</sup>, situados en las últimas extremidades de *Africa*<sup>2</sup>, os tienen sus venenosas flechas, ó que os hagan reverentes cortesías? Después de la muerte, ó somos felices ó desgraciados. Si yo soy feliz, Aymar mio, viéndome inundado de aquel gozo delicadísimo á que me condujo la mano del Todopoderoso, ¿cómo podré ser sensible á lo que dijeren cuatro locos, que yo mismo dejé cerrados en esa oscura cárcel de la ignorancia, á que llaman *mundo*? Y si fuere desgraciado, ni las alabanzas de los hombres serán capaces de mitigar mi pena, ni sus vituperios podrán aumentármela. Esos grandes objetos serán entonces tan pequeños á mis ojos, que nada podrán aumentar ni disminuir mi infelicidad, así como ni se podrán disminuir ni aumentar con una conchita llena las aguas del Mediterráneo. Amigos, si acaso esta filosofía me engaña, hacedme ver el engaño, y os quedaré obligado sumamente.

35 Suspenso quedó el Embajador, y cual generoso caballero que armado y valiente corre á embestir á su contrario; mas atravesado de una saeta enemiga, cae luego de repente como un tronco inmóvil, así fue él: no se atrevió á resistir, y se rindió vencido. Sin embargo, el Conde, en cuyo pecho destinado á las proezas de la guerra hervía el ardor militar, salió impaciente á defender la causa que Aymar abandonaba, quejándose de que por este medio se quitaba del mundo el mas noble y poderoso incentivo que podia tener un hombre de bien para obrar con heroicidad. Si nos haceis insensibles, decía, á la buena ó mala reputacion despues de la muerte, voltearéis de piés á cabeza toda la basa fundamental de las acciones heroicas, destruiréis el móvil interior de los corazones bien nacidos, y solo dejaréis que el mundo se revuelva sobre el eje vil del interés, propio de almas terrenas ó nacidas en el lodo. Esto dijo el Conde con un modo demasadamente vivo, y que algun tanto degeneraba en desprecio; á lo que Miseno con un tono noble y de autoridad, queriendo reprimir al Conde, le dice:

36 ¿Con quién hablais Vos?... ¿No sabeis que el idioma del honor no me es extraño, y que mi corazon no ha perdido por las máximas de la filosofía aquellas que un hombre de bien debe seguir? Notaron Aymar y Elena que las mejillas del Conde se habían sonro-

<sup>1</sup> Vid. lib. IX, núm. 11.

<sup>2</sup> *Africa*, segunda parte del mundo, y tercera en magnitud, tendrá 1,600 leguas de longitud, y 1,400 de latitud; se gradúa su poblacion como en 140 millones de almas: situada en la *zona tórrida* junta el Asia por el istmo de Suez, entre el mar Bermejo y el Mediterráneo.

seado de repente, que sus ojos se confundian avergonzados, y que su voz habia enmudecido, creyendo por este efecto que la persona de Miseno era de mayor autoridad, aunque ellos ignoraban su nacimiento. Neucasis, al contrario, extrañó el tono de Miseno, y se arrojó con esto para estimular cuanto pudiese el corazon del Conde á que sacudiese el insoportable yugo de aquella severa compañía. Entre tanto Miseno tomando el tono ordinario de una conversacion amigable, continuó así: Yo quiero desterrar de los corazones nobles el temor y pavor de las fantasmas, y plantar en ellos la estimacion y temor de lo que es sólido y verdadero. Hago y debo hacer gran diferencia de *merecimiento* á *fama*, que son dos cosas muy diversas, que ahora andan juntas, ahora encontradas. Vemos muchas veces sin fama alguna allá en un pequeño rincon del mundo un gran merecimiento, una virtud bien probada, unas prendas sólidamente heroicas, y por otra parte vemos que un viento favorable, una leve acción, un ademan, un movimiento oportuno basta para elevar hasta las nubes, como las miloas ó cometas de los niños, cosas bien viles y ligeras, las cuales tan cerca del sol brillan con luz prestada, y parecen planetas de naturaleza superior á los cuerpos terrestres. ¿No es esto así? ¿no es demasiado frecuente? ¡Ah! hijo mio, un hombre de bien debe en todo procurar el *merecimiento*, y hacer poco caso de la *fama*. Debe procurar merecer la estimacion de los que juzgan bien, de los que juzgan como juzga Dios; y estimar en poco que los necios que viven por ese mundo le den ó le nieguen sus elogios. Á cualquier parte que yo fuere en la vida ó en la muerte, vendrá conmigo mi mérito. El me honrará, él me encumbrará, él me hará estimable; mas la opinion de los insensibles que juzgan á ciegas, y solo por la voz del vulgo, de la pasion ó del capricho, quédese donde quisiere, que yo paso adelante sin dependencia de ella. Miro mas alto. Si Dios me estima, si el entendimiento supremo me aprueba, si el Príncipe soberano sentado en su trono eterno me aplaude, y todos los que tienen buen juicio confirman sus alabanzas, ¿qué se me da á mí de lo que dijeren los viles lacayos, que andan por la tierra lidiando con brutos, viviendo como ellos, teniendo el corazon lleno de inmundicias, y las manos de lodo, aunque exteriormente estén muy emplumados y llenos de la vanidad loca del vulgo? ¿Qué me importa que estos no me alaben ó me vituperen, si el Príncipe soberano me honra y estima?

37 Hijo mio, ¿no veis ahora como se puede despreciar la *fama*, y tener al mismo tiempo corazon noble, obrar acciones muy heroicas, y

sentir un ardor importantísimo para entrar en las mas difíciles empresas? Ved aquí, pues, como el *amor propio* me mueve á procurar la estimacion, la grandeza, la gloria, y como me enseña á buscarla por el camino mas sólido y mas seguro, y á no hacer caso alguno de la *fama*, viendo que esta se adquiere muchas veces sin mérito, y se pierde sin culpa.

38 No pudo el Conde resistir, y confesó que la mala inteligencia de su doctrina le habia hecho dudar de ella; mas que ya conocia qué era la mas verdadera y la mas sólida. Y pues que quedaban ya remediadas con el *amor propio* las dos pasiones fuertes del *amor* y de la *ambicion*, faltaba la tercera del *interés*, cuya defensa, segun la distribucion que la Embajatriz habia hecho, pertenecia á Neucasis; á lo que él respondió de este modo:

39 Nuestra nacion es notada de mas interesada que las otras; mas yo no sé si la diferencia está en el deseo ó en la astucia de poder salir bien de esa empresa comun. El juicio fino que nos da el clima, ó tal vez la necesidad originada del terreno ingrato, nos habrá hecho mas aplicados en esta ciencia importante, y de aquí viene que los demás nos echan en cara como defecto lo que ellos desearian tener como prenda. Mas, pasemos adelante.

40 La fama y reputacion, de cualquier modo que la miremos, siempre es viento; su buen concepto fácilmente desaparece como el humo, ni sobre él nos podemos apoyar jamás; mas las riquezas son un bien real y verdadero que lo palpamos con las manos. Si sois rico, sois feliz en este mundo, y poseeréis en él todo cuanto podeis desear: si sois rico, luego sois valiente, sois noble, sois hombre de bien y honrado, sois querido y sois juicioso, aunque nada de todo eso seais: traed siempre un rico vestido: traed siempre vuestro bolsillo provisto para vaciarlo con juicio: brillen los diamantes y las esmeraldas, y podréis entrar con satisfaccion en cualquier parte seguro de que no se os negará el primer lugar. Todo lo que dijéreis será acertado: vuestra sonrisa será prudente sentencia, vuestro silencio reflexion madura, y vuestro genio altivo nobleza de corazon que desprecia todo lo que es vil y ratero. Con la llave de oro se os abrirán todas las puertas; con las cadenas de este mismo metal aprisionaréis y alaréis á la fortuna. Aunque tengais mil defectos, que en un pobre serian delitos horrendos, en vos se deben ver de otro modo: se deberán juzgar cualidades de caballero y decencia de vuestro estado. Si sois pobre, sois vil, sois importuno, sois despreciable; vuestro mérito no tiene valor, vuestra filosofia es estolidez, vuestro silen-

cio ignorancia. Siendo pobre y teniendo defectos sois horrible, y ni vuestra sangre será bastante para purificaros del mas leve delito; pero siendo rico quedaréis superior á las leyes que oprimen y arrastran á la plebe. La ley comun os exceptúa, y podréis hacer libremente á los otros lo que si alguno de ellos os hiciese, seria insolencia intolerable. En cuanto á las leyes de Dios, no hay que dudar que aun siendo rico os comprenden: mas ninguno se atreverá á molestaros para que les deis cumplimiento. En una palabra, señores, si tuviéreis riquezas, tendréis todo lo que querais.

41 Menos la virtud, acudió luego Miseno, y menos la felicidad verdadera. Amigo mio, todo cuanto decís es pura verdad, y conoce muy poco el mundo quien no tuviere experiencia de ello. Mas si os dejais llevar del amor de las riquezas, y absorber de este deseo insaciable de adquirirlas, os declaro que jamás seréis verdaderamente feliz, y que vuestro corazon gemirá como el de un vil esclavo oprimido y aprisionado, aunque con cadenas de oro, que no oprimen menos que las de hierro<sup>1</sup>, antes mucho mas por ser metal mas pesado. El corazon humano por su constitucion natural mira siempre á la virtud y justicia como la aguja al Norte; mas enseñadle el metal mas estimado, y veréis que ya titubea, se inquieta, y da vuelta hácia la parte opuesta. ¿Cuál es el *peso de cruz* que no pierde su equilibrio, si en una de sus balanzas hay oro?

42 Si hubiésemos de creer en hechizos, yo diría que este hermoso metal tiene poder para encantar el corazon humano: cosa increíble, pero verdadera. Nos hacen señas con el oro de la otra parte de los mares: la fama volando viene, y nos dice que lo vieron en los últimos términos de la Arabia<sup>2</sup>, y en el África, allá en esas regiones tan distantes que el sol domina al Mediodía. Ved aquí que los corazones que están hácia esta parte de Europa se alborotan, se inquietan, y salen fuera de sí. Los ojos se lo figuran, y apenas les parece que lo ven brillar á lo léjos, se arrojan á los mares, y luchando con los vientos, con las ondas, con la muerte, por lo pro-

<sup>1</sup> Es cosa constante que el oro es la cosa mas pesada que hay, pues excede al azogue ó mercurio, y al plomo; de manera que en iguales porciones si el plomo pesa 11 libras, el azogue pesa 13, y el oro 19.

<sup>2</sup> La Arabia, gran país de Asia, entre el golfo Pérsico y el mar Rojo, forma una de las mayores penínsulas del mundo: al S. tiene el Océano Índico, al N. la Siria: cuéntanse en ella como 12.000.000 de personas. (Véase lib. III, núm. 20).

<sup>3</sup> No se ponen aquí las Américas, porque la historia del poema corre desde el principio del siglo XIII, y las Américas fueron descubiertas en 1492 al fin del siglo XV, 190 años despues.

fundo y por lo alto; ya nadando, ya casi sumergiéndose, y si al fin se levantan sobre las aguas, van siempre caminando adelante hasta llegar á términos de poder echarle la mano encima. Muchas veces ven delante sus ojos que se pierden sus compañeros, navíos, cuerpos, bienes: todo se lo sorbe ese formidable dragon; pero nada importa, porque es el oro lo que se busca. ¿Y no es esto un encanto?

43 Aun digo mas: teneis un pariente con quien la sangre y camaraderías os ha enlazado muy estrechamente; ó trabásteis con alguno la mas fiel y fina amistad; las prendas del alma y del cuerpo os cautivan el ánimo de forma, que venís á ser dos almas mutuamente unidas, ó un corazon dividido; y así un mismo querer os anima. Bueno es eso: ahora guardaos que no os toque el oro, que este metal se interponga, que se aparezca entre los dos, porque será la manzana de la discordia. Un odio interminable fomentará demandas y respuestas reñidas; y todas las prendas de que antes hacíais estimacion de repente se convertirán en vicios horrendos; de suerte, que solo con la muerte tendrá fin, si es que no nace entonces algun nuevo pleito, vuestra desavenencia ó discision; porque en atravesándose intereses, no hay ley, ni razon, ni estimacion, ni empeño que pueda volver á uniros. ¿Y no es esto un raro encanto?

44 Un hombre que no se para en intereses, tiene lo mas andado para ser hombre de bien, y poco le puede faltar para vivir enteramente feliz, porque ni los deseos le inquietan, ni las intrigas le afligen, ni los remordimientos le despedazan, ni le perturban las pasiones. Con la ley en una mano y en la otra el honor camina siempre derecho, estimado de los hombres, bendecido de Dios, amado de los buenos, respaldado de los malos, y alabado de todos. Ved, Neucasis, si quien á sí mismo se ama como debe amarse, y piensa seriamente en su tranquilidad verdadera, si hará bien de resistir á esta ambicion del *interés* ó codicia de *riquezas*.

45 Aun no se dió Neucasis por convencido; mas Elena confesó ingenuamente que habia vivido engañada hasta entonces con la idea que tenia del *amor propio*. Esta pasion, decia, siempre la reputé por el hijo mimoso de nuestra alma, y que por eso tenia en la indigna condescendencia materna una educacion vil y muy viciosa: que no vivia sino en los brazos de sus ínfimos criados, esto es, de los sentidos; y que el deleite era su único sustento que no respiraba sino vanidad, y que el crimen era su total empeño. Mas ahora veo que ese *amor propio*, como Miseno lo pinta, tiene educacion mas noble; que vive en los brazos de la *razon*, y está estrechamente enlazado con la

*virtud* y la *honra*, que respira su aliento, aprende su lenguaje, estudia sus principios, y no se aparta un paso de sus mas importantes máximas. Ahora conozco que aquí está el escollo donde muchos filósofos han naufragado; porque ellos, si, ponen al *amor propio* por regla de nuestras acciones; mas un *amor propio* falso y loco; pero Miseno nos quiere libertar del peligro, dándonos por regla al *amor propio* racional y verdadero. Confesemos, pues, Aymar, que podemos sacar de nuestras pasiones grande utilidad, si dominare la *razon*. En estas y otras reflexiones pasaron la mayor parte del dia en amena y útil conversacion, habiendo navegado con viento continuo y favorable; mas no duró mucho este sosiego.